

I

Maggie en la cama

1

Cuando conocí a Margaret yo vivía en uno de los apartamentos del sótano. El alquiler era razonable y el lugar era mejor del que habría podido permitirme de otro modo. La vista desde mi apartamento era interesante, aunque no ideal: zapatos y a veces parte de una pantorrilla, perritos y hasta un tercio del cuerpo de los niños pequeños. Aprendí a reconocer a mis visitantes por sus zapatos. En aquella época las únicas personas que venían a verme con regularidad eran mi hermana Bess, con sus espantosas sandalias de imitación de ante, y Margaret, que cambiaba de zapatos según su estado de ánimo.

Yo llevaba una extraña clase de vida subterránea en la que las diferencias entre el día y la noche no parecían importar demasiado. Los insectos y otras clases de bichos, que no se veían en las respetables plantas superiores, eran mis asiduos visitantes. Cuando la nieve se fundía, el apartamento se inundaba. El día destinado a sacar la basura, tenía que mantener las ventanas cerradas. El apartamento se negaba a calentarse y conservaba durante todo el año una temperatura de 8 grados. Incluso los inquilinos que vivían en el piso de arriba parecían mirarme con desconfianza. El vivir en el sótano me había convertido de algún modo en *ese tipo que vive en el sótano*.

Los únicos muebles que poseía los había robado de la universidad al licenciarme. En lugar de una verdadera cama tenía dos colchones individuales extralargos. Cuando dormía solo, apilaba un cojón sobre el otro. Y cuando venía algún huésped, los colocaba uno junto al otro y los unía. Durante el último año sólo había tenido como huésped a Margaret Mary Towne. En aquellos tiempos se llamaba Maggie.

A pesar de todos mis esfuerzos, los colchones nunca permanecían juntos. Por la noche se formaba siempre un misterioso espacio entre ellos. Maggie y yo acabábamos separados en esos colchones como los parias de una serie de la tele de los años cincuenta. Una no-

che se subió gateando a mi colchón. Dijo que tenía frío y a partir de aquel día siempre durmió en él.

Al día siguiente de haberse graduado Maggie (era de más edad que la mayoría de universitarios, ya que tenía veinticinco años), me desperté en medio de la noche y la encontré sentada en el hueco que había entre los colchones con las rodillas apretadas contra el pecho, sollozando. Su larga y lisa melena pelirroja le caía sobre el rostro. Le pregunté qué le pasaba y durante un largo rato no me respondió.

—Estoy maldita —dijo al fin.

—No, no lo estás —respondí—. ¿Por qué dices que estás maldita? —le pregunté lleno de curiosidad.

—Hay algo sobre mí que tú no sabes —insistió.

—¿Qué es, Maggie?

—Hay algunas cosas sobre mí que ignoras y cuando las descubras me despreciarás, estoy segura.

Le aseguré que no lo haría nunca y que en realidad la amaba.

—Yo no soy la persona que tú crees. Bueno, sí que lo soy, pero hay otras facetas mías que no conoces. Sólo lo soy en parte. Yo no soy como las otras mujeres.

—¡Oh, Maggie! —exclamé—. ¡Maggie! —En aquella época yo tenía treinta y un años y su dilema me parecía el adorable problema de una veinteañera—. Maggie, todo el mundo se siente así después de graduarse.

Ella me escrutó desde detrás del velo de cabello. Negó con la cabeza y me fulminó con la mirada.

—Si el día de mañana las cosas cambiaran... Si cambiaran para mal, quiero decir... Este tiempo que hemos pasado juntos, estos meses han sido realmente divinos. Adoro este sótano. Adoro la vida que *llevamos* en él.

Me dio un beso en la frente con una actitud que a mí me pareció un poco condescendiente y por primera vez desde su emigración, durmió en la otra cama.

Durmió profundamente el resto de la noche, pero ya no pude volver a conciliar el sueño. Me quedé despierto, pensando en ella. Supongo que ésa había sido su intención.

Pensé en la Maggie del Commonwealth College en diciembre del año anterior. Habíamos hecho el amor una vez y yo no estaba seguro

de si volveríamos a hacerlo. Al verme se echó a reír y me llamó. No esperó a que yo la viera primero.

—Me alegro de haberme puesto mis mejores botas —dijo—. Cuando estaba saliendo de mi habitación llevaba los zuecos de invierno, pero decidí cambiármelos en el último momento.

Miré los zapatos que se había puesto. Eran de piel fina negra, acabados en punta y con tacón, no era un calzado adecuado para el frío.

—¿Éstas son tus mejores botas? —le pregunté. Ella se echó a reír.

—Comparadas con mis zuecos, sí. ¿No te parece? —Y volvió a echarse a reír—. Me he sentido como cuando una mujer sabe que va a toparse con su ex o con algún otro hombre atractivo que le gusta. No sabía que ibas a ser tú.

—Si lo hubieras sabido, ¿te habrías puesto las botas? —Ella la-deó la cabeza y sonrió perezosamente.

—Si lo hubiera sabido —dijo—, sí, me las habría puesto.

Esa perezosa sonrisa me volvía loco.

Maggie roncaba en el otro colchón y yo me puse a pensar en el día que le había dicho que la amaba.

«Te amo», le dije. Sonó el claxon de un coche mientras lo decía, sobreponiéndose a mi voz. No estaba seguro de si me había oído y tuve que repetírselo. «Te amo.»

Ella parecía perpleja o complacida (en el rostro de Maggie, siempre ligeramente impenetrable, estas emociones podían expresarse del mismo modo), pero no dijo nada. Al cabo de un rato se fue, bajó corriendo por las escaleras.

Unas seis horas más tarde, sonó el teléfono. «Te quiero», me dijo, y luego colgó.

Aquel lapso de tiempo, ¿era una buena o una mala señal? Si me hubiera respondido enseguida, sabría que lo había dicho de manera instintiva, algo que podía ser bueno o malo. Después de todo, si le disparas a alguien, esa persona intentará también dispararte a ti. Pero al haber transcurrido aquel espacio de tiempo, sabía que ella no lo había dicho sin pensarlo. Sabía que había estado considerando mi declaración de amor y la respuesta que me había dado durante una buena

parte de las seis horas. Sí, había sido una larga deliberación la suya, pero al final tenía una buena razón para creer que Maggie era sincera.

Cuando le dije que la amaba estaba expresando una emoción que no sentía del todo en aquella época. Creo que más que nada deseaba oír su respuesta. O quizá sólo quería decírselo. A veces mentimos de manera optimista. A veces, decimos algo que no es cierto del todo con la esperanza de que se haga realidad. Esta vez funcionó, la amé durante aquel lapso de tiempo que ella había dejado pasar antes de responderme.

Desde la ventana del dormitorio podía ver que la acera adquiriría un tono gris claro, signo de que era tarde o temprano, lo cual dependía del punto de vista elegido. Como sabía que aquella noche no podría volver a dormirme, me puse a pensar en Maggie en la cama y en que cuando nos conocimos también estaba tendida en una.

Antes de conocerla había visto su nombre (TOWNE, MARGARET M.) en una lista de nombres anónimos. Estaba matriculada en un curso obligatorio de filosofía del cual yo era profesor asistente. El semestre estaba a punto de terminar y aún no se había presentado para hablar sobre el curso ni una sola vez y ni siquiera se había preocupado de adquirir el material de estudio. Le dejé mensajes, le envié cartas, hice todas las cosas que se supone que un profesor asistente debe hacer. En aquella época la universidad abogaba por una política de «atención personal». En realidad, la universidad era una pequeña facultad liberal de letras en el seno de una institución mayor o alguna otra chorrada parecida. Aquella política significaba que se suponía que yo al menos tenía que conocer a TOWNE, MARGARET M. antes de suspenderla.

Ella vivía en un edificio de hormigón que tenía fama de alojar a los bichos raros de la universidad: los casados, los estudiantes de intercambio, los que habían hecho un traslado, los estudiantes «maduros» y otros especímenes parecidos. Todas las universidades tienen esta clase de dormitorios. Entré en el ascensor para ir a su habitación sin olvidarme de la fama del lugar.

En la planta de Margaret varios estudiantes extranjeros de quién sabe qué país celebraban una fiesta. Una chica en leotardos me ofreció un bol con una comida roja y burbujeante. Se lo rechacé amablemente.

te, pero le pregunté si podía indicarme dónde estaba la habitación de Margaret Towne. Lanzando un suspiro señaló el final del pasillo.

Su nombre estaba escrito con tinta violeta en una pequeña pizarra que había en la puerta. La mitad de la parte superior de la «M» de Margaret y de la «e» de Towne habían desaparecido. La caligrafía era anticuada y precisa, como si quien hubiera escrito el nombre hubiera estudiado caligrafía (y probablemente nada más) en una academia de una sola aula. Me preparé para encontrarme con una de esas jóvenes ricas y veleidosas que tanto abundaban en la universidad.

Llamé y para mi sorpresa la puerta se abrió de par en par. La habitación medía tres metros por dos, tres de las paredes eran de hormigón, parecía la celda de una prisión. Sólo había espacio para las dos camas individuales extralargas y poca cosa más. Sobre el bastidor de una de las camas había siete o más colchones amontonados. Y encima de esa pila de colchones se encontraba Margaret Towne. Su larga melena pelirroja estaba despeinada y ligeramente enmarañada. Tenía ojeras y parecía a punto de echarse a llorar o a reír, o quizá sólo estaba exhausta. [Jane, tal vez pienses que alguien que estuviera tendido sobre siete colchones se encontraría a una considerable altura, pero el grosor de los colchones de la universidad era ínfimo. Siete colchones de la universidad apenas equivalían a dos de cualquier otra parte del mundo.]

—Estoy tan cansada —dijo ella—. Me siento como si hiciera un montón de años que no hubiera dormido.

—Margaret, soy el profesor..

—Tú también pareces cansado —observó interrumpiéndome. Lo dije de tal forma que casi sentí ganas de llorar.

—Lo estoy —respondí—. Estoy cansado.

—Si quieres puedes dormir aquí —me ofreció.

—¿En tu cama? —No daba crédito a lo que acababa de oír.

—Sí, en mi cama.

Y así lo hice. Esta clase de ofertas no se reciben cada día.

Me desperté a la tarde siguiente, un viernes. Ella me estaba mirando.

—¿Cómo has dormido? —me preguntó.

—Muy bien —bostecé—. Margaret, ¿por qué duermes sobre tantos colchones?

—Pensé que me ayudarían a dormir, pero no me ha funcionado —dijo levantándose de la cama—. Voy a cepillarme los dientes. De-seaba hacerlo antes, pero no he querido despertarte.

Me quedé acostado en la cama de Margaret, con la agradable sensación de haber dormido plácidamente. Me moví al centro y entonces fue cuando sentí... un bultito. Un pequeño y palpable bultito. Me levanté de la cama de un salto y levanté el primer colchón. Nada. El segundo. Nada. Y el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto. Nada, nada, nada, nada. Hasta que por fin levanté el séptimo, el que descansaba sobre el bastidor de la cama. Y fue entonces cuando descubrí... un bolígrafo. Un viejo bolígrafo Bic de tinta negra, ligeramente mordisqueado en el extremo, la clase de boli que adquieres en paquetes de diez por un dólar.

Ella volvió a entrar en la habitación y ladeó la cabeza.

—Estabas durmiendo sobre un boli —dije mostrándole el molesto objeto.

—Un boli —dijo ella y se echó a reír—. ¡Oh! —Me lo cogió y se lo quedó mirando durante mucho, muchísimo tiempo. Luego me besó, me dio las gracias y me besó de nuevo. Volvió encantada a la cama y me invitó a tenderme a su lado. Y lo hice, Jane, lo hice.

—Margaret... —empecé a decir.

—Todo el mundo me llama Maggie —respondió—. Cuando dices Margaret me cuesta hacerme a la idea de que estás hablando conmigo. —Esbozó su perezosa y somnolienta sonrisa y se colocó de lado—. Me pregunto si este bolígrafo aún escribe.

—Probablemente no. Parece muy viejo.

—Puede que todavía escriba —insistió ella.

Como vi a dónde quería llegar, me levanté de la cama y busqué una hoja de papel. Para hacer que la tinta bajara, me puse a garabatear un descuidado signo del infinito.

—No escribe —dije al cabo de un minuto. El papel estaba empezando a rasgarse por la presión repetida de la punta del boli.

—Sigue intentándolo —dijo ella—. Por favor.

De modo que seguí intentándolo. Decidí trazar un corazón. Y después el alfabeto. Y después mi nombre. Fue entonces cuando el bolígrafo empezó a escribir. Al verlo Margaret se echó a reír.

—¡Qué feliz soy! —dijo—. No sé por qué, pero soy muy feliz.

—Miró el bolígrafo como si fuera la primera vez que viera uno. Y luego me miró a mí como si yo lo hubiera inventado—. ¿Es éste tu nombre? —me preguntó examinando mi obra.

—Así es —respondí.

—Me gusta. Me alegro de que te llames así. Es un buen nombre, inspira confianza.

—Gracias, supongo que es cierto.

—Parece que el bolígrafo es un buen signo. ¿Verdad?

Le di la razón.

Volvió a leer mi nombre y asintió con la cabeza.

—Tú eres el profesor asistente de «Razonamiento moral», ¿no es así? —me preguntó.

—Sí —admití con poco entusiasmo—. En realidad soy el ayudante jefe.

—Esta materia es una gilipollez, ¿no?

—Sí —asentí.

—Sí —repitió ella—. Y ahora por qué no vuelves a la cama.

Y entonces me acosté, pero mi corazón seguía despierto. Ella tenía esa forma de hacerte creer que eras el primer hombre que había descubierto aquella tierra.

La acera estaba adquiriendo un tono amarillento, una señal de que yo había estado despierto toda la noche. Me puse a contemplar a Maggie. Su melena pelirroja estaba esparcida por todas partes, tenía los ojos hinchados, un poquito de vello en el labio superior y respiraba de una forma horrible. Al instante deseé vivir el resto de mi vida con esta mujer, estuviera o no maldita. Nada de lo que pudiera suceder, nada de lo que pudiera decirme ni nada de lo que ella hubiera hecho o hiciera me haría cambiar de idea. Eran las cinco de la madrugada y estaba convencido de ello.

Maggie había dejado el dormitorio de la universidad la semana anterior. Las cajas con sus pertenencias estaban alineadas junto a las paredes de mi habitación. (No sé cómo había podido meter tantas cajas en aquella celda de tres por dos.) Sobre la caja con una etiqueta que ponía MARGARET TOWNE-VARIOS había, entre otros materiales de embalaje, un gran ovillo de cordel y un cuchillo. Me levanté de la

cama y corté un trozo de cordel de unos ocho centímetros. Luego volví a la cama y me puse a contemplar a mi chica tendida desnuda sobre las sábanas.

Una de sus piernas estaba doblada y la otra estirada, pero ambos caminos llevaban al mismo lugar: a una pequeña colina cubierta de hierba de tonos amarillos y marrones como el trigo, que ocultaba un pozo. (En aquellos tiempos me gustaba imaginar que sólo yo conocía la ubicación del pozo.) Y más allá se extendía la llanura de su vientre: liso, vasto, suave y no del todo plano. Al otro lado de la llanura se erguían dos pequeñas colinas de lo más encantadoras. Y su cuello era un estrecho y blanco camino entre aquellas encantadoras colinas. Tenía los ojos cerrados, pero yo sabía que algunas veces eran de color marrón, y otras, de color dorado, según la luz. Oía a manzanas, sus mejillas resplandecían como dos antorchas y su cabello pelirrojo tenía el color de las desgastadas tejas de un tejado español. Y toda esta tierra sería mía, pensé mientras le ataba el cordel alrededor del índice y remataba mi obra con un lacito.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó medio dormida.

—Es para no olvidarme.

—¿Olvidarte de qué? —dijo.

—De lo que quiero recordar.

—Entonces, ¿por qué no te lo atas en tu mano?

—Vuelve a dormirte. Mañana nos espera un largo día.

Ella se puso boca abajo. Al cabo de un segundo se colocó de lado y me sonrió.

—Te he hecho un hueco —dijo—. Si quieres, puedes meterte en él.

2

Mientras Maggie aún dormía, salí de la habitación sin hacer ruido para ir a buscar el descapotable azul del tío Jacques. Aunque hacía ya muchos años que mi tío había muerto y yo había heredado el coche, todavía lo consideraba como su descapotable. El tío Jacques había conducido descapotables toda su vida, siempre con la capota echada. Cuando le preguntaban sobre esta predilección, le gustaba decir con su acento de humorista belga: «Puede que llueva, pero yo no voy a mojarme, ¿verdad?» Y luego se ponía a reír como un bendito, como si no hubiera estado dando la misma respuesta mil veces antes. Cuando yo tenía dieciséis años leí en un libro de historia que uno de los reyes franceses (¿Luis XIII? ¿XV?) había dicho, «Après moi, le déluge», algo que se parecía mucho a lo que mi tío Jacques diría. A decir verdad, si de historia europea se trataba, yo me imaginaba a cualquier déspota francés con el rostro del tío Jacques. La decapitación de Luis (¿XVI? ¿XVII?) hacia el segundo trimestre constituyó para mí una fantasía especialmente agradable.

Después de la muerte de mis padres, mi hermana Bess y yo no teníamos adónde ir y tío Jacques, el hermano de mi madre, nos acogió en su casa. Sabía que yo había de sentirme agradecido y a veces incluso lo estaba.

Ir a recoger el coche significaba desayunar con Bess. (El coche estaba aparcado en el garaje de su apartamento.) En aquella época Bess se preocupaba mucho por las *cosas*. Escribía cartas a los editores de las revistas, participaba en manifestaciones, se encargaba de imprimir folletos y recoger firmas (siempre utilizaba papel reciclado para ello), acudía a reuniones, se encadenaba a edificios, inspeccionaba detenidamente las etiquetas de los productos y se preocupaba demasiado por su hermano. En pocas palabras, hacía todo cuanto una persona *debe* hacer.

Mientras desayunábamos le dije a Bess que iba a llevarme el co-

che para ayudar a Maggie a transportar las cosas que tenía en la universidad a su casa.

—Me preocupan mucho una serie de *cosas* —dijo Bess frunciendo el ceño. No especificó cuáles eran esas *cosas* y yo la conocía lo suficiente como para saber que no debía preguntárselo. Además me lo acabaría diciendo de todos modos—. Me preocupa mucho una serie de *cosas* —repitió sirviendo el *porridge* en los boles. [Jane, no sabría decirte exactamente en qué se diferencia el *porridge* de las gachas de avena, creo que el *porridge* es más consistente que las gachas, por eso lo asocio con tu tía.]

Comimos durante cinco minutos sin decir nada.

—Me preocupa mucho la forma cómo has elegido vivir —dijo Bess cuando ya no pudo soportar más aquel silencio.

Como no era una pregunta directa, decidí no abrir la boca.

—Te quiero —dijo ella— pero estoy muy preocupada por ti.

—Estoy pensando en pedirle a Maggie que se case conmigo —respondí.

Bess lanzó un suspiro y se puso a recoger la mesa.

—A decir verdad creo que ya lo he hecho.

—¿Lo has hecho o no? —me preguntó Bess

—No estoy seguro.

—Habrías de saber si lo has hecho o no —respondió.

—Pues no sabría decírtelo —dije dudando—. Si ella lo recuerda, entonces lo hice. Y si no, no lo hice. Pero en realidad nunca llegué a hacerlo. Quiero decir que no se lo dije con muchas palabras. Supongo que no me importaría si ella creyera que lo hice.

Bess sacudió la cabeza y luego me abrazó. Cuando abrió la boca para decirme algo, comprendí que no podría soportar lo que iba a oír.

—Maggie y yo hemos de ponernos en camino si queremos llegar a su casa a una hora razonable —dije.

—¿Dónde vive? —preguntó Bess.

—No estoy seguro. De hecho sólo me dijo que vivía lejos, pero dando a entender que la distancia era factible en coche.

Bess suspiró de nuevo y abrió la boca para decir algo.

—Ya sé, vas a decirme que debería saber de dónde es antes de casarme con ella.

—Pues no, para tu información iba a decirte que sí puedes elegir

la ruta, evites tomar la carretera 95 durante el próximo par de horas porque ha habido un accidente con un camión de gasolina. Aunque sin duda sería bueno saber dónde vive antes de que intentes llevarla en coche hasta allí.

—Maggie viajará conmigo. Puede indicarme el camino.

—¿Y si se queda dormida?

—La despertaré. —Bess sacudió la cabeza.

—Me preocupa —dijo ella—, me preocupa mucho esta situación.

Como ya estaba preocupada, decidí preguntarle algo que realmente quería saber.

—Cuando una mujer dice que está «maldita», ¿a qué se refiere?

—Mmmm..., ¿tenía que ver con la menstruación?

—No lo creo.

—¿*Maldita*? ¿Quién está *maldita*?

—Nadie. Sólo quería saber si la palabra «maldita» tiene alguna connotación especial. Me refiero para una mujer.

—¿Acaso dijo Maggie que estaba «maldita»?

—¡Claro que no! Es para mi trabajo —insistí patéticamente—. Estoy traduciendo una de las cartas de Hannah Arendt.

Bess arqueó una ceja.

—Cuando una mujer dice que está «maldita», lo único que uno puede hacer es creerle.

Bess conoció a Maggie por casualidad en un cine. Maggie y yo íbamos a ver una película, y Bess estaba saliendo de otra.

—Tú debes de ser L... —dijo Bess. (L... era la novia que yo había tenido antes de conocer a Maggie.)

—No, no lo es —respondí rápidamente—. Ella es Maggie.

—¿Vais a ver esa película? —dijo Bess señalando el cine que había a su derecha.

—Sí —contesté.

—Es malísima —observó Bess—. Pero a *él* le gustan las películas que no valen nada. —Miró a Bess de pies a cabeza—. Tu pelo es muy rojo —comentó.

—Lo sé —admitió Maggie.

—Tú pareces llamarte más L... que Maggie —le dijo Bess—. ¿De veras te llamas Margaret?

Maggie hizo una pausa antes de contestar.

—A veces —respondió ella.

Colocamos todas las cosas de Maggie en el asiento trasero del descapotable de Jacques. Como la caja que ponía MARGARET TOWN: VARIOS no cabía, tuvimos que dejarla en mi apartamento. Nos pusimos en marcha a las tres de la tarde.

Antes de entrar en el coche levantó la mano para mostrármela. El cordelito seguía atado en su índice. Yo ya estaba empezando a dudar de si había sido una buena idea.

—Estoy comprometida —dijo ella.

—¿Con quién? —le pregunté tímidamente.

Mantuvo en alto su mano izquierda.

—Es para no olvidarme —respondió.

—¿Para no olvidarte de qué exactamente?

—De que estoy comprometida.

Contemplé el cordel, estaba empezando a deshilacharse.

—Se está deshilachando.

—Ya lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pensaba proteger los extremos con una cinta adhesiva. —Se sacó un rollo de cinta adhesiva del bolsillo y cortó dos pequeñas tiras—. ¿Me ayudas? No puedo hacerlo con una sola mano.

—¿Y por qué no te lo desatas?

—¡Oh, no! Nunca haría semejante cosa. —Negó con la cabeza y me entregó una de las tiras—. Porque me lo ató el hombre que me pidió que me casara con él.

—Aunque te lo desataras y te lo volvieras a atar, él nunca lo sabría.

—Pero yo sí —dijo ella—, y además necesitaría que alguien me lo atara de nuevo.

—Tu novio...

—Mi prometido —me corrigió—, mi prometido. —Le gustaba decir la palabra «prometido».

—Tu prometido debe de ser un cabrón.

—Mi prometido es maravilloso.

—O un rácano. —Terminé de proteger el segundo extremo del cordel—. Ya he acabado.

—Gracias —dijo ella—. Y mi prometido no es un rácano.

—Si dispusiera de un ovillo de cordel este tío podría casarse con la mitad de las chicas de Boston.

—Mi prometido nunca haría eso. —Estaba dolida, yo podía verlo.

—Lo siento.

—¿Crees realmente que con un anillo de verdad hubiera sido distinto? Un montón de hombres han regalado un anillo de compromiso a un montón de mujeres y... —Su voz se fue apagando.

—No, tienes razón —le respondí con vehemencia—. Antes sólo estaba bromeando.

—Me gusta mi anillo de cordel —insistió. Le cogí la mano y ella la retiró—. Ahora me has hecho sentir como si no valiera nada —dijo con una sonrisa compungida.

—Lo siento, no pretendía hacerlo —respondí.

—Quizá no sea más que una estupidez. —Lanzó un suspiro—. ¿Por qué los hombres no llevan anillos de compromiso? Al pensar en ello me doy cuenta de que es insultante.

Negué con la cabeza.

—Un anillo de compromiso no es más que una letra escarlata.*

—O un cinturón de castidad —añadí.

Ella se echó a reír.

—El año pasado subastamos un par de ellos. Los encontré yo misma en un viejo granero de Pensilvania. —Hacía poco que Maggie había terminado de hacer las prácticas en una casa de subastas, pues quería ser tasadora.

—¿Quién los adquirió?

—Un profesor del Departamento de Estudios de la Mujer de la universidad compró uno, alguien que se dedicaba a adquirir esta cla-

* En la rígida sociedad puritana de Nueva Inglaterra las mujeres adúlteras que eran sorprendidas cometiendo adulterio debían llevar de por vida una letra A, bordada a la altura del pecho, en sus vestidos. Era la inicial de «adúltera» de color escarlata. (*N. de la T.*)

se de objetos se quedó con el segundo y yo no sé por qué compré el tercero.

Arqueé una ceja.

—Nadie más lo quería. Supongo que me dio pena. Si quieres que te lo preste está en la caja que pone VARIOS.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Te has fijado alguna vez que el tiempo verbal de la palabra «comprometido» es en pasado? —me preguntó—. Bueno, técnicamente no es así. Quiero decir que «comprometido» puede ser tanto el pasado como el participio del verbo «comprometerse», pero cuando se refiere al matrimonio, «comprometido» se convierte en un adjetivo. De algún modo la palabra suena horrible, ¿no crees?

—A mí no me costaría nada desatártelo —le dije mirando su anillo de cordel—. Ojalá te hubiera comprado uno de verdad, así no sería tan fácil desatarlo.

Maggie asintió con la cabeza metiendo el meñique en el lacito.

—En realidad, un anillo de verdad puedes perderlo sin darte cuenta, en cambio para quitarme éste he de proponérmelo de veras.

—O alguien debería proponérselo. —Me incliné, le besé la mano y agarré con los dientes uno de los extremos protegidos del cordel. Me costó desatarlo más de lo que creía, pero ella no me lo impidió—. Debería haberlo atado con un nudo doble —dije.

—La próxima vez mi prometido lo hará —respondió ella.

—¿Cómo sabes que no estaba bromeando? —le pregunté.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que si alguien no te dio más que un pequeño trozo de cordel, ¿cómo sabes que te estaba pidiendo en serio que te casaras con él?

Ella se echó a reír.

—Supongo que no lo sé. Creía que iba en serio, pero no puedo asegurarlo. —Volvió a reír—. Y además no estoy segura de si importa demasiado.

[Al verlo en retrospectiva, Jane, pienso que aquel cordelito tal vez fue un poco prematuro. Pero he de decir en mi defensa que conocía lo suficiente de ella como para saber que quería conocer el resto, sabía tanto de Maggie como ella quería, y conocía tantas cosas de

ella como nadie ha llegado a conocer acerca de alguien. ¿Y acaso el amor no es más que curiosidad al principio? ¿Qué es lo que hace que sigamos leyendo un libro? ¿La primera frase? No está mal. ¿El primer capítulo? Es interesante. Y cuando ya casi has llegado al tercero, te dices, ¿por qué no seguir leyéndolo?]

—Lleva tú el coche durante la primera etapa —dijo Maggie sentándose en el asiento del pasajero al tiempo que cerraba la puerta con energía.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—En el norte del estado de Nueva York, entre Marlboro y Newburgh —respondió—. Como al llegar es fácil perderse, yo conduciré durante el último tramo —añadió y luego apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos.

Aunque parezca raro —observó ella con los ojos cerrados— me llamo como el lugar del que procedo. He preferido decírtelo ahora para que no te sorprendieras.

—¿Qué quieres decir?

—Soy de un lugar llamado Margarettown —respondió—. No tiene ninguna importancia, sólo pensé que si no te lo decía podía parecerme extraño.

La miré para ver si me hablaba en serio: tenía los ojos cerrados, pero por la expresión de su boca deduje que no estaba bromeando. No sé por qué, pero me eché a reír.

—Supongo que te pusieron el nombre de tu ciudad y que no fue a la inversa —le pregunté.

Ella también se echó a reír.

—Nunca lo he sabido con certeza —respondió.

Nos alojamos en un motel que había cerca de Connecticut. Maggie se quiso quedar en él porque en la entrada había un cartel que prometía UNA CAMA DE AGUA EN CADA HABITACIÓN, y ninguno de los dos había dormido nunca en una.

La habitación no sólo olía a humedad, sino también a tabaco. La cama de agua de Maggie tenía forma de corazón y parecía un poco deshinchada en el medio. Cerca de los pies de la cama había un siniestro charquito de agua. En general, parecía más un hotel barato de

Las Vegas que de Connecticut. Los dos estábamos exhaustos y nos acostamos sin apenas discutirlo.

Nos quedamos tendidos en la oscuridad. Cuanto más quietos intentábamos estar, más se balanceaba la cama. Yo estaba cansado, pero no podía dormirme.

—Cierra los ojos —me dijo ella.

Los cerré.

—Es fácil imaginar que estamos en un barco —me susurró Maggie—. Es fácil imaginar que estamos perdidos en medio del mar.

—¿A qué te referías cuando dijiste que estabas maldita? —le pregunté.

—¿Y tú qué tenías en mente cuando me ataste el cordelito alrededor del índice —respondió.

—No fue más que un gesto —dije en voz baja.

—¿Lo ves? —contestó ella—. No puedes dar demasiado crédito a lo que te dicen en la cama.

—Parece la predicción de una galletita china —respondí—. No puedes dar demasiado crédito a lo que te dicen... *en la cama*.

Maggie gruñó (amigablemente, creo) y yo cabalgué sobre la cresta de la ola resultante.